

Novela y periodismo

Colombia y México

Gonzalo Celorio

Las profundas relaciones de hermandad que unen a México y Colombia se encuentran en las raíces mismas de su nacimiento como naciones soberanas. En este texto, leído durante la entrega de los premios Simón Bolívar de Colombia en octubre de 2009, Gonzalo Celorio —autor de Tres lindas cubanas y Cánones subversivos, entre otros— establece algunos de los postulados éticos a los que debe ceñirse el periodismo contemporáneo.

En la primavera del año 2000, recibí en mi oficina de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México una llamada telefónica desconcertante.

—Maestro Celorio —me dijo mi secretaria sin ningún sobresalto—, le habla el presidente de Colombia.

Pensé que se trataba de una broma, pero Gaby insistió:

—Es el presidente Belisario Betancur, y está personalmente en la línea.

—Gaby, por favor —la objeté—: el presidente de Colombia se llama Andrés Pastrana. Betancur fue presidente, sí, pero hace como quince años. Además, cuándo se ha visto que un presidente de la república esté en la línea antes que la persona con la que quiere hablar.

—Pues él está en la línea. Y por cierto, es muy amable. Si no va a hablar con él, nomás dígame qué quiere que le diga.

—A ver, pásame.

Para que los presidentes de la república no fueran vitelicios ni aun nominalmente una vez concluido el pe-

riodo para el cual habían sido elegidos, en México había estallado la Revolución, y quienes intentaron desacatar los nuevos preceptos revolucionarios fueron asesinados o acabaron en el exilio, así que no entendí, de entrada, la práctica colombiana de que los presidentes que habían terminado su mandato siguieran ostentando, en un país asaz celoso de la palabra, tan enjundioso epíteto. Pero qué duda cabe de que ser presidente de una nación como Colombia imprime carácter. Y el carácter, como se sabe, es indeleble y permanente.

El presidente Betancur me convenció, en primer lugar y para mi sonrojo, de que sí era el presidente Betancur y no mi amigo Darío Jaramillo, como me lo había sospechado tan pronto lo oí hablar con esa cortesía sobria, propia de los colombianos de bien. Y después de que aceptara la invitación que me hacía para asistir, en Bogotá, a un encuentro iberoamericano de escritores que habría de llamarse *El amor y la palabra* y tenía el claro propósito de que los participantes provenientes de diversas partes del mundo manifestaran sin cortapisas su



Palacio de la Inquisición, Cartagena de Indias, Colombia

previsible amor a un país en el que la violencia, como una tremebunda sinécdoque que toma la parte por el todo, había desplazado aquellos valores, no por tópicos injustificables, que siempre lo habían caracterizado: su nobleza, su alegría, su imaginación, su belleza, su voz pulcra y respetuosa, su creatividad poética.

Por supuesto acepté la invitación y tuve la oportunidad, al lado de otros noventa y nueve escritores —colombianos unos, extranjeros otros— de dar públicamente las gracias a Colombia, cuya capital había sido designada Plaza Mayor de la Cultura Iberoamericana durante ese postrer año del milenio. Di gracias a Colombia, pues, por sus voces arcaicas y sus voces nuevas, por su inveterado amor a la lengua española, desde el rigor académico que le impuso Rufino José Cuervo hasta la liberación que Gabriel García Márquez les concedió a todas sus potencias, pasando por la maleabilidad con que la suavizó José Asunción Silva, quien reprodujo en su *Nocturno*, milagrosamente, la estructura inefable del sollozo. Gracias por la carta de Nariño, que nos dio derechos a todos los que nacimos de este lado del Mar Océano. Gracias por el monte verde y la bruma de Bogotá, que auspician la escapatoria de la urbe por el camino vertical de las ensoñaciones; por los tejados de La Candelaria que coronan los edificios del barrio y hasta las cúpulas de la Catedral; por los retablos barrocos de sus iglesias y los balcones esquinados de sus casas.

Gracias por el ron viejo de Caldas y por el nombre de la ciudad de Cartagena de Indias, que amuralló, con sus piratas y sus bucaneros, mi corazón de niño; por los ladrillos de juguete del arquitecto Rogelio Salmona; por las navegaciones de Álvaro Mutis, renovado marinero en tierra. Gracias por sus mujeres que pueden preguntar, con un dativo ético que las involucra responsablemente en el estado de ánimo del preguntado: *¿Cómo me le va?* Gracias, en fin, por su fe en la poesía, acaso el mejor antídoto contra la violencia.

En esos años no tan lejanos, Colombia era, a los ojos del mundo, un país acosado por la guerrilla, el narcotráfico, la corrupción, que desde entonces hasta ahora habrían de fundirse en novelas estremecedoras como *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, *Cartas cruzadas* de Darío Jaramillo, *Los ejércitos* de Evelio Rosero o *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince. Haber elegido Bogotá capital de la cultura iberoamericana del año 2000 fue un intento de contrarrestar, por la vía de la expresión literaria, la monstruosidad al parecer irredimible que el mundo entero le había adjudicado. Fernando Vallejo, esa suerte de *mazapán atómico*, como lo llamó Carlos Monsiváis, llegó a exhortar a los jóvenes, en aquella ocasión, a que no se reprodujeran para no crear más colombianos que inexorablemente serían estigmatizados por su nacionalidad en todos los rincones del planeta.

México entonces no estaba al margen de los peligros que acechaban a Colombia. Ni era ajeno a los problemas de desigualdad social y de pobreza aguda que abatían al país hermano. Ni se había librado de las lacras que ensombrecían la realidad colombiana y proyectaban al mundo una imagen ominosa del país. El narcotráfico había cundido en varios estados de la República Mexicana y ostentaba su impunidad retadora particularmente en la zona fronteriza con los Estados Unidos; el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, al tiempo que se firmaba el Tratado de Libre Comercio con el poderoso vecino del norte, había irrumpido en el sureño estado de Chiapas, quizás el más atrasado de la federación, con un impulso reivindicatorio de las comunidades indígenas, sumidas secularmente en la miseria y lastradas por el abandono y la discriminación racial; la clase política había llegado a la degradación que supusieron el magnicidio del candidato a la presidencia de la República y el asesinato del jerarca del Partido Revolucionario Institucional, crímenes que nunca se esclarecieron del todo y cuyo proceso legal —una tenebrosa comedia de equivocaciones— habría sido irrisorio de no haber sido terriblemente dramático; y la corrupción se había infiltrado en todos los estratos de la trama social. Y sin embargo, todavía decíamos, con un dejo de superioridad jactanciosa —si bien no exenta de preocupación—, que México se estaba “colombianizando”.

El escritor mexicano Juan Villoro, novelista, ensayista y sobre todo extraordinario cronista de la vida pública y privada de México, publicó un artículo editorial titulado “Nosotros, los colombianos” en el diario mexicano *Reforma* el 4 de julio de 2008, al día siguiente de que se diera la noticia de que Ingrid Betancourt y otros catorce rehenes habían sido liberados por la Operación Jaque sin que se disparara un solo tiro. En su artículo, Villoro contrastó esta noticia con dos de carácter local: el secuestro de empresarios en Oaxaca y Aguascalientes y las secuelas del desastroso operativo en la discoteca *News Divine* de la Ciudad de México en el que perecieron varios jóvenes a causa de la corrupción de los dueños del establecimiento y de la ineptitud homicida de las fuerzas policíacas. No quiso tomar más referentes que los que aparecían en las mismas páginas que reseñaban la liberación de Ingrid Betancourt. Podría haber hablado de las muertas de Ciudad Juárez, que ha denunciado Sergio González Rodríguez en su libro *Huesos en el desierto*. O de las cabezas degolladas que fueron esparcidas por la pista de baile de una discoteca de la ciudad de Morelia en el Estado de Michoacán y que han sido tema de varias obras, como la novela *La voluntad y la fortuna* de Carlos Fuentes, narrada por la cabeza cercenada de Josué Nadal, o el libro de crónicas titulado *El hombre sin cabeza* del propio González Rodríguez. O de las características de las casas incautadas al narcotráfico, como aquella del Desierto de los Leones del sur de la Ciudad de México en la que narcotraficantes mexicanos y colombianos celebraban fiestas exóticas y donde se encontraron no sólo armas de uso exclusivo del Ejército y montañas de cocaína, sino tigres blancos, orangutanes, pavorreales y un jacuzzi espectacular, que apartó para su solaz y esparcimiento el jefe policiaco que dirigió el operativo, en un acto digno de la novela *Balas de plata* del mexicano sinaloense Élmer Mendoza o *La reina del sur* de Arturo Pérez Reverte. O de otras tantas noticias que han convertido los periódicos impresos y los noticieros de televisión mexicanos en obligados diarios de nota roja. Pero no quiso sacrificar la eficacia puntual del periodista y se limitó a echar mano de las informaciones del día, para llegar a una rotunda conclusión: “La frase ‘México se está colombianizando’ —dijo— ha cambiado de signo: hoy es motivo de esperanza”.

Fue para contrarrestar la imagen negativa que Colombia proyectaba en el mundo que la Alcaldía Mayor de Bogotá, como dije, invitó en el año 2000 a cien escritores procedentes de diversas partes del mundo a que expresaran su fundado amor a un país victimado por la violencia y destacaran aquellos atributos que la violencia misma había ocultado o proscrito. No se trataba de negar la realidad ciertamente crítica del país, sino de complementarla con lo que de maravilloso también existía en ella y sin embargo quedaba desdibujado por una in-

formación que se ocupaba prioritaria y necesariamente de denunciar los males que la aquejaban. Fue un acto de fe en la palabra, en sus propiedades balsámicas y esperanzadoras, pues la palabra misma, con todo su poder indagatorio y comunicativo, había sido la responsable de conocer y difundir la descomposición social que el país sufría. La narrativa y el ejercicio periodístico, efectivamente, habían puesto el dedo en la llaga y habían dado voces de alarma que tuvieron resonancia allende las fronteras nacionales. A pesar del deterioro y el desprestigio que le infligieron al país en la opinión pública internacional, los narradores y los periodistas cumplieron con su deber crítico e informativo. La buena literatura ahondó en las causas más recónditas de la degradación social y el periodismo honesto reprodujo con fidelidad la realidad cotidiana. Acusar a la una y al otro de la mala imagen que Colombia proyectó en el mundo, y no a la realidad que la literatura y el periodismo recrean, describen y analizan, equivaldría a culpar al sismólogo estadounidense Charles Francis Richter de los terremotos que de cuando en cuando sacuden el planeta.

Que conste que hablo del periodismo honesto y responsable, comprometido con la conciencia, con el lector y con la verdad, las tres fidelidades de las que habló Tomás Eloy Martínez cuando le correspondió entregar el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar el año de 1996, y no del periodismo sensacionalista que sólo



© Antonio Carandá Bungeña

Iglesia de Santo Toribio, Cartagena de Indias, Colombia

considera noticias las malas noticias y carga deliberadamente sus tintas rojas y amarillas con la aviesa intención de incrementar las ventas del periódico, explotando el morbo o la ignorancia del lector; ni del periodismo que “recurre al sistema de dosificar las pautas publicitarias según las conveniencias, no siempre honestas, de los grandes grupos financieros”;¹ ni del periodismo que viola aquel famoso apotegma según el cual los hechos son sagrados y la opinión es libre, e invierte sus términos, como lo señaló Juan Luis Cebrián en este mismo foro al afirmar que “para muchos directores y columnistas de diarios, son sus opiniones las que resultan sagradas mientras los hechos se acomodan libremente para justificar aquéllas”.

No hablo de ese periodismo, no; sino del que José Alejandro Cortés, presidente de Sociedades Bolívar, calificó, desde que se instituyó este Premio, con seis adjetivos que, bien mirados, acaban por ser sustantivos: un periodismo independiente, justo, exacto, honesto, responsable y digno. Un periodismo independiente, “capaz de enfrentar las amenazas, los halagos y las presiones de una sociedad, como la colombiana [y la mexicana], influida por la violencia, la corrupción y los intereses eco-

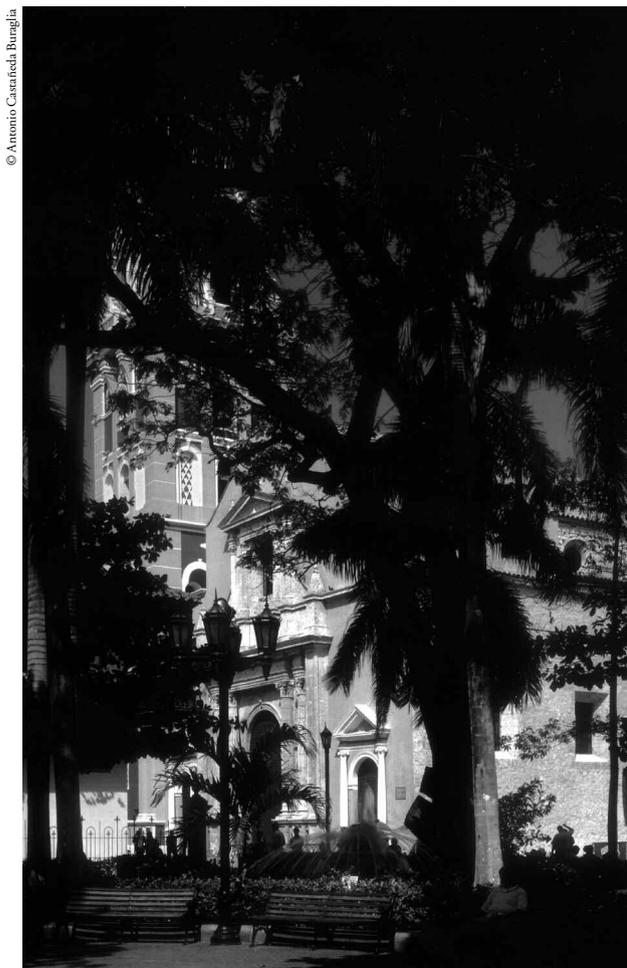
¹ Como lo denunció Guillermo Cano, el ilustre director de *El espectador*, cuando recibió el Gran Premio a la Vida y Obra de un Periodista en 1980.

nómicos”;² un periodismo justo, esto es equilibrado, que no incurra ni en alarmismos gratuitos ni en frívolas edulcoraciones; un periodismo exacto, es decir objetivo, imparcial, transparente; un periodismo honesto, que se constituya, según el desiderátum de Alex Grijelmo, en referente ético de la sociedad: un periodismo responsable que, en el ejercicio de la libertad de expresión y no en detrimento de ella, vele por el derecho del ciudadano a ser informado de manera veraz, oportuna y completa y defienda al lector de la mentira, la parcialidad o la distorsión de la noticia; un periodismo, en fin, digno, que no se doblegue al chantaje financiero de los grupos económicos ni ceda a las presiones o a las prebendas del poder político.

Como condición axiomática de estos atributos de la prensa escrita y de los medios de comunicación en general, y aun por encima de ellos, hay que hablar, obviamente, de la libertad de expresión, que debe valorarse hoy más que nunca, cuando regímenes autoritarios de varios países latinoamericanos, con la argumentación de la estabilidad política, atentan abiertamente contra ella. Al entregar estos premios nacionales en 1994, Mario Vargas Llosa dijo que “...el periodismo es el mejor barómetro que tiene la sociedad para saber si es libre o si no lo es; también para medir el grado de libertad que hay en ella...” y remató su discurso con estas palabras: “Creo que el día que perdamos la batalla de la libre información habremos perdido la batalla de la libertad y la justicia social”.

Pero la libertad de expresión no sólo está amenazada en los países gobernados por regímenes autoritarios en nuestro continente, sino también en aquellos que viven en democracia. Antonio Panesso, que se hizo acreedor a este galardón en 1993, dijo entonces que “la historia moderna demuestra que es generalmente más difícil y honrado sostener una democracia legítima que combatir una dictadura. Por definición —agregó—, los regímenes autoritarios no admiten la opinión y los tiene que tumbar la economía. Las comunidades abiertas [en cambio] se apoyan en la opinión libre”. Y esta opinión libre, que es testimonio y garantía de la democracia, se ve constantemente amenazada, a veces por el propio gobierno, no obstante que en muchos honrosos casos éste prefiera ser víctima que victimario de la prensa, pero sobre todo por la delincuencia, en cualquiera de sus múltiples manifestaciones, cuyas prácticas de intimidación, amenaza, terrorismo, asesinato, secuestro atentan contra el libre ejercicio del periodismo. Por algo en Colombia, como en México, hay una nómina afrentosa de periodistas asesinados, secuestrados,

² Según lo demandó Rodrigo Lloreda Caicedo al recibir el premio en 1998.



La Catedral vista desde el Parque Bolívar, Cartagena de Indias, Colombia

desaparecidos, exiliados, detenidos ilegalmente, amenazados, heridos; verdaderos mártires, todos ellos, de la libertad de expresión.

El periodismo colombiano que hoy se reconoce y premia, con su actitud crítica, denunciatoria, valerosa, ha sido un factor determinante en el proceso de paz que ha seguido Colombia, proceso que no se improvisa ni se culmina ni se gana en un solo día. Aun desde antes de que Colombia existiera o de que América Latina cambiara, por ésa o por la de “La América Nuestra” de José Martí, su denominación de América Española, el periodismo colombiano y latinoamericano ha sido un factor determinante en la consolidación de los valores nacionales y continentales.

Anticipándose a las celebraciones del bicentenario de las revoluciones de Independencia de América Latina, Belisario Betancur se refirió, en el discurso que pronunció como presidente del jurado el año antepasado en la entrega de estos premios nacionales, a la importancia del periodismo colombiano en las luchas emancipatorias de la Nueva Granada. En efecto, ya Simón Bolívar había dicho: “la imprenta es tan útil como los pertrechos y ella es la artillería del pensamiento”. Mucho tiene que ver la creación de Colombia en Angostura con *El Correo del Orinoco*. Los primeros sueños de los padres de la patria se gestan en *El Semanario* de Caldas y *La Bagatela* de Nariño. Lo mismo podríamos decir de los periódicos mexicanos de finales del siglo XVIII, como el *Mercurio Volante*, antecedente colonial de *El Pensador Mexicano*, que respondió con vigor a la declaración de la libertad de imprenta de las Cortes de Cádiz y que recoge ya los primeros balbuceos de la conciencia nacional.

Sí; el periodismo es, como lo vieron Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, causa y efecto a un tiempo de nuestras luchas independentistas. Y lo mismo ocurre con la novela. No deja de ser significativo que durante los siglos de dominación hispánica, no se haya producido en nuestro continente ninguna novela digna de ese nombre, cuando en los albores del siglo XVII España había alcanzado, con *El Quijote*, la cima de la expresión novelística de todos los tiempos. Si no se prohibió expresamente la creación de novelas en las colonias, sí se inhibió su escritura, lo que confirma el carácter subversivo de un género que tiene en común con el periodismo la facultad de hacer la radiografía crítica de la sociedad de la que procede. Como nuestro periodismo, nuestra novela es signo de independencia. La primera que vio la luz en América fue *El periquillo sarniento*, publicada en 1816, cuando ya se habían iniciado las revoluciones de independencia de nuestros países, y es del mismo autor, el “Pensador mexicano” José Joaquín Fernández de Lizardi, que había padecido cárcel por sus artículos periodísticos en los que delataba sin mira-



© Antonio Carandá Buraglia

Calle del Candilejo, Cartagena de Indias, Colombia

mientos las injusticias de la corona española en sus posesiones de ultramar.

Celebremos, con el bicentenario del surgimiento de las naciones hispanoamericanas, la cristalización del periodismo, que sirvió de enlace entre la independencia política y la emancipación cultural de nuestros países; celebremos también las contribuciones del periodismo al conocimiento y a la crítica de nuestra realidad social contemporánea, sin las cuales seguiríamos siendo dependientes de las fuerzas más oscuras y los intereses más aviesos.

Agradezco el alto honor que se me ha conferido de entregar los premios nacionales de periodismo Simón Bolívar correspondientes al año 2009, privilegio del que han gozado, además de varios presidentes de la república—entre los cuales figuran, acaso como en ningún otro país hispanoamericano, destacados periodistas—, escritores como los venezolanos Miguel Otero Silva y Arturo Uslar Pietri, el español Jorge Semprún, el colombiano Manuel Mejía Vallejo, el peruano Mario Vargas Llosa, el colombiano Álvaro Mutis, el argentino Tomás Eloy Martínez, la mexicana Ángeles Mastretta, la brasileña Nélida Piñón y el nicaragüense Sergio Ramírez, a cuyo elenco, no sin rubor, hoy me sumo.

Gracias a Colombia, por su palabra nueva y antigua, limpia y enérgica, crítica y amorosa. ■